



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

Idilio en el café

Ahora me pregunto si es que toda la vida hemos estado aquí. Pongo, ahora mismo, la mano ante los ojos —qué latido de la sangre en los párpados— y el vello inmenso se confunde, silencioso, a la mirada. Pesan las pestañas.

No sé bien de qué hablo. ¿Quiénes son, rostros vagos nadando como en un agua pálida, éstos aquí sentados, con ojos vivientes? La tarde nos empuja a ciertos bares o entre cansados hombres en pijama.

Ven. Salgamos fuera. La noche. Queda espacio arriba, más arriba, mucho más que las luces que iluminan a ráfagas tus ojos agrandados. Queda también silencio entre nosotros, silencio y este beso igual que un largo túnel.

*Jaime Gil de Biedma
España*

2Peralta: Gamaliel Churata y los ratones. **2Paz Ballivián:** Un hombre con suerte. **3Diez Astete:** De lo imaginario teológico. **4Rocha:** Amor (con algo de encaje rojo y azul). **5Rosso:** El espejismo del salmón. **6Benedetti:** Poemas. **7Mansilla:** Un breve recordatorio de Sergio Almaraz. **8Academia Boliviana de la Lengua:** Anuario 2024.



suplemento orureño de cultura
El Duende, Año XXVIII, Edición 752, 27 de abril de 2025

Un breve recordatorio de Sergio Almaraz

H. C. F. Mansilla

Por medio de mi padre, Hugo Mansilla Romero, entre los años 1948 y 1967, y en las charlas del legendario Café del Club de La Paz, conocí a Sergio Almaraz Paz (1928-1968). Al comienzo yo era un niño pequeño que acompañaba a mi padre porque me gustaban las conversaciones de los adultos, aunque, por supuesto, entendía muy poco. En aquel café, el único de tertulia cultural que existía entonces, se reunían, por un lado, los intelectuales izquierdistas, y, por otro, los políticos calificados como derechistas. Mi padre y yo éramos invitados a quedarnos en ambas mesas. En aquella situada junto al llamado “Muro de los lamentos” tomaban asiento los presidentes de la República Enrique Hertzog y posteriormente Mamerto Urriolagoitia. Iban al club solos, sin guardias ni asesores, y cualquiera podía entablar conversación con ellos. Mi padre y su primo cercano, José Romero Loza (Ministro de Hacienda de aquel gobierno), simpatizaban con el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), sin llegar nunca a ser miembros del mismo. Por aquella época el PIR apoyaba a los presidentes Hertzog y Urriolagoitia, aunque los cuadros jóvenes del partido se decantaban por soluciones revolucionarias, lo que en aquel tiempo y hasta ahora significaba ante todo ejercitar una retórica radical y muy florida, sin consecuencias prácticas.

Sergio Almaraz era el líder de las juventudes piristas. Poco antes había seguido los cursos de la famosa Escuela de Cuadros del Partido Comunista en Santiago de Chile, destinada a la formación de una élite privilegiada en América Latina, donde Almaraz y otros bolivianos recibieron su formación probablemente decisiva, decir: dogmática. Su compañero y amigo Mario Luján Soria publicó un libro sobre la juventud de Almaraz¹, en el cual despliega testimonios de primera mano sobre los años formativos de nuestro autor y datos interesantes sobre su vasta cultura y su gran amor por la gran literatura universal. Pero la obra de Luján no contiene ni una sola palabra sobre la atmósfera autoritaria y las prácticas cotidianas en la Escuela de Cuadros y el seno de los partidos en los cuales militó Almaraz: el ya mencionado (PIR), el Partido Comunista de Bolivia (PCB) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

Con pocos argumentos, pero con un enorme despliegue de frases contundentes y emociones presuntamente heroicas, Néstor Taboada Terán –un participante de los hechos– relata cómo él (en primer lugar) y Sergio Almaraz condujeron a la juventud pirista a romper con el PIR y a fundar el Partido Comunista de Bolivia en 1950². Aquí Almaraz tampoco se sintió a gusto a causa de la mentalidad estrecha y provinciana de los miembros del mismo. Es una pena, por lo tanto, que un pensamiento marxista, relativamente diferenciado y tolerante –aunque con un tinte dogmático de base–, como fue el de Almaraz, no haya prosperado en Bolivia. Y es aún más lamentable que sobre la obra de Almaraz se haya extendido el manto del olvido, lo que pasa en América

Latina tan a menudo si el autor no es simultáneamente un maestro en relaciones públicas. Sobre este tema y en un lenguaje enrevesado escribió el sociólogo Mario Murillo:

“Hay todavía, sin embargo, otro motivo mayor para el olvido o relegamiento de Almaraz: es la configuración del mundo que emerge de sus ensayos. Un mundo de lo contingente, no de lo necesario; de lo dialéctico, no del progreso lineal ‘socialdemócrata’; un universo de lo razonable, no de lo racional; del consenso, no de la ley. Por todo esto ha merecido una atención decreciente, porque en Bolivia solo son dignos debates y conflictos si se dirimen de modo tajante”³.

No comparto del todo esta opinión de Murillo, pero lo más deplorable es que la izquierda boliviana no haya seguido el ejemplo de entereza moral y rectitud profesional, que Almaraz personificó de manera permanente. Siempre he admirado su integridad, su calor humano, su inteligencia, aunque nunca compartí sus ideas y sus ideales, situados entre el socialismo y el nacionalismo. Ambas tendencias me parecen aún hoy una calamidad social de primer rango, como ha sido su herencia real, que puede ser estudiada considerando los experimentos de Stalin y Hitler en el siglo XX y los resultados prácticos del populismo autoritario en nuestra época (Cuba, Nicaragua, Venezuela y otros ejemplos). Como afirma Fernando Molina, “dos poderosas corrientes antiliberales atraviesan y moldean la historia de Bolivia: el nacionalismo y el marxismo”⁴. Estas líneas de pensamiento se entremezclan con una mentalidad que impide percibir lo negativo dentro del propio campo ideológico y existencial. El ejemplo más habitual –y fácilmente perceptible– es la conformación de una élite privilegiada e irresponsable dentro de los partidos de izquierda. Los nacionalistas parten *a priori* de un antiguo sentido común que atribuye todos los males de la nación a los agentes externos. En cambio, el racionalismo occidental obliga a poner en cuestión lo obvio y sobreentendido y también los fundamentos de la propia consciencia. Esto es probablemente lo que molestaba a Almaraz y a los intelectuales izquierdistas.

Siendo aún estudiante en la Universidad Libre de Berlín, pasé una vacación en La Paz entre febrero y abril de 1967. Entonces traté a Almaraz con cierta asiduidad. Él era un conversador brillante y bien informado, muy interesado por las novedades del ancho mundo. Me acuerdo de su curiosidad por temas de filosofía política y por la evolución de Europa Oriental. En el mencionado Club de La Paz debatimos larga y amigablemente sobre el llamado marxismo crítico que entonces se propagaba en los países del Norte. Recuerdo claramente su interés por la vida y obra de Georg Lukács, que yo había empezado a leer. Me llamó la atención su preocupación por temas de filosofía política y por la evolución del sistema socialista a nivel mundial. Almaraz no se parecía a los intelectuales de la

izquierda, tan expertos en oportunismo y tan ignorantes de lo que ocurre allende las fronteras patrias.

Él constituyó una influencia perdurable en mi vida al desaconsejarme que me dedicue a la diplomacia y al servicio exterior y estimularme al mismo tiempo a que consagre mis esfuerzos exclusivamente a la creación teórica intelectual. Uno de los resultados de estas conversaciones fue elegir la teoría de Lukács para el discurso que cada candidato debe hacer dentro del examen final de ciencias políticas, que me tocó rendir en 1968. Este mismo texto crítico sobre el marxismo de Lukács fue mi primera publicación en Alemania. Almaraz fue quien me alentó a escribir un artículo sobre las corrientes neomarxistas de aquellos tiempos⁵, que resultó ser el primer ensayo de mi vida en ser publicado (en la revista *PRAXIS* fundada por él). Tuvo también la gentileza de designarme corresponsal en Europa de la revista *CLARÍN*, que él dirigía⁶.

Almaraz construyó edificios teóricos de notable solidez. Su obra, breve y fulgurante, es indispensable para entender la Bolivia contemporánea. Sergio Almaraz tuvo la mala suerte de pertenecer a un país pequeño, cuyas autoridades no han hecho mucho para difundir el pensamiento de sus hijos más preclaros, y cuya población, en todos sus estratos sociales y ámbitos geográficos, no siente precisamente un gran cariño hacia esfuerzos intelectuales y científicos. En esta constelación de acomodamiento grosero y desierto cultural, Almaraz no tuvo el reconocimiento que merecía. Con esta situación en mente y para caracterizar la nación con pocas palabras, aseveró una vez delante de mí en el ya mencionado Café del Club de La Paz: “*Bolivia es el país donde todo es mezquino, menos el sufrimiento*”⁷. Otros atribuyen la frase al Presidente Daniel Salamanca. Es una exageración, evidentemente, y una injusticia con respecto a la mayoría silenciosa y sufrida de la población, pero constituye asimismo un sentir muy difundido, que proviene de intuiciones existenciales profundas y no de meros ejercicios de un frío racionalismo.

Entonces y ahora los marxistas latinoamericanos y bolivianos usan el marxismo como un instrumento idóneo para explicarse su mundo y su época y también para allanar su camino al poder político. Las creaciones institucionales y el espíritu crítico que había generado el racionalismo a partir del siglo XVIII les eran indiferentes. El humanismo ha sido una planta mal adaptada en el clima local. Y esto no se ha modificado sustancialmente hasta hoy. Pese a todo su talento, Almaraz no practicó una actitud crítica con respecto a una modernización autoritaria, dirigida por un gobierno altamente centralizado y exento de controles democráticos. No lo hizo con respecto al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia (1952-1964) y tampoco con referencia a ningún régimen socialista a nivel mundial. Tanto para Sergio Almaraz como para René Zavaleta Mercado, las libertades indivi-



Sergio Almaraz

duales, el *Estado de derecho* y el pluralismo ideológico eran fenómenos muy secundarios. Lo importante era el *derecho del Estado* de disponer sobre todos los recursos materiales y humanos en pro de las grandes metas históricas. Estas últimas eran definidas por una pequeña élite de iluminados, que, sin consultar a las masas, determinaba en nombre de estas el futuro de la nación. Casi todos los movimientos izquierdistas de entonces y de la actualidad creen que encarnan las necesidades ineludibles del desarrollo histórico y que, por lo tanto, tenían y tienen el derecho de imponer sus designios y propósitos al resto del país respectivo. Esta es la limitación fundamental del pensamiento de Sergio Almaraz Paz.

Estado, recursos naturales y política en Sergio Almaraz Paz, en: Sergio Almaraz Paz, *Obra reunida*, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia 2017, pp. 15-36, aquí p. 36.

⁴ Fernando Molina, René Zavaleta. *La etapa nacionalista*, La Paz: Gente Común 2011, p. 11.

⁵ H. C. F. Mansilla. *Las escuelas neomarxistas en Alemania*, en: LOGOS (La Paz / UMSA / Filosofía), N° 3, septiembre de 1967, pp. 20-22; PRAXIS (Cochabamba), N° 5, 1968, pp. 50-55.

⁶ Credencial de CLARÍN INTERNACIONAL, sin fecha de caducidad, emitida en La Paz el 16 de abril de 1967.

⁷ Una expresión similar en: Sergio Almaraz Paz, *Los cementerios mineros*, fragmento de: *Réquiem para una república*, en: Sergio Almaraz Paz, *Obra reunida*, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia 2017, pp. 571-577, aquí p. 577.

¹ Mario Luján Soria, *Semblanza juvenil de Sergio Almaraz Paz*, La Paz: Plural 2009 (con amplia bibliografía).

² Néstor Taboada Terán, *Mis recuerdos de Sergio Almaraz*, en: Sergio Almaraz Paz, *Obra reunida*, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia 2017, pp. 753-764, especialmente pp. 757-758.

³ Mario Murillo, *Estudio introductorio: De las anécdotas a las instituciones:*